



INSTRUCCION PASTORAL

DEL

ILTMO. SEÑOR OBISPO DIOCESANO

SOBRE

LA EDUCACION

A LOS FIELES DE LA DIÓCESIS Y EN ESPECIAL Á LOS PADRES DE FAMILIA; SALUD.

Nisi Dominus aedificaverit domum in vanum laboraverunt qui aedificant eam. A no sostener el Señor el edificio, en vano trabajarán los constructores». Ps. 126, 1.

¡Clama, ne ceses, clama sin cesar! era la intimación del Señor á los profetas de Israel ante los grandes peligros de su pueblo. Esta tambien es la intimación

que sentimos desde el fondo de nuestra conciencia en cumplimiento de nuestro cargo pastoral ante los graves males de la educación sin Dios; y tanto mas, cuanto que, aún los publicistas disidentes han dado la voz de alarma espantados ante los desastrosos resultados de la enseñanza sin religión, que constituyen un grave peligro social, habiendo tomado proporciones aterradoras.

¡Clama, ne cese! Tenemos que clamar, porque es imposible el silencio ante los estragos de la educación laica, sin religión. Ya no se puede sufrir impasible la formación de esas generaciones que se ostentan incrédulas, y por tanto decadentes, con justa alarma de la sociedad, haciéndole temer por el porvenir de la civilización.

Hé aquí porqué volvemos á insistir, amados católicos, sobre la cuestión magna de la educación, ya que es la mas trascendental para los destinos de un pueblo y su porvenir; él será lo que sea la educación de la juventud.

Y en verdad; ¡cuán grande é interesante es el problema de la educación entre todas las cuestiones sociales!

La educación es la gran palanca que conmueve el orden social, intelectual y moral; ella es la que prepara á los hombres para los grandes progresos, cuando

es buena, como los dispone para los mas espantosos cataclismos, cuando es mala.

Cuando la educación, lleva á la mente ideas sanas y elevadas é inspira en los ánimos nobles sentimientos y levantados ideales, hace de cada hombre un elemento del bien y convierte cada alma como en un foco de luz que se irradia por la sociedad entera.

No es la fuerza inconsciente, no es la violencia de las armas, no es la voz descompasada de la pasión lo que vence los grandes obstáculos que se oponen á la marcha de la humanidad en su desenvolvimiento vertiginoso hácia los fines que el Criador le ha fijado en sus eternos designios: es la educación.

Los pueblos civilizados de hoy y de todos los tiempos, se deben á la acción lenta pero eficaz de la educación; influencia que ha querido la divina Providencia se perpetuase á traves de los diversos cambios y transformaciones de la raza humana y de las diversas nacionalidades, como un principio vital indestructible para reanimar las ruinas producidas por la acción del hierro homicida, ó las ideas disolventes que, brotando de cerebros enfermos, llevan la desolación y la muerte como la lava de los volcanes ó los miasmas mefíticos de los rios cenagosos.

La educación es potente, como la palabra de Dios, porque engendra seres nuevos, como aquella palabramagestiosa resonando en medio del caos. Pero es necesario que la educación vaya animada del espíritu de Dios, para que tenga la eficacia creadora y fecundante de su palabra.

La educación sin Dios, la educación materialista, que no considera al hombre sino como una máquina bien organizada, que no tiene más norma que la moral utilitaria, pule el cuerpo, perfecciona las fuerzas físicas y orgánicas; pero mata el espíritu y todo lo que al alma inmortal se refiere, ahogando dulces ideales, aspiraciones sublimes, sentimientos nobles, halagüeñas esperanzas, convirtiendo al ser racional en una fiera temible ó en una máquina espantosa, cuyos miembros ó cuyas piezas se desgargarán algún día, sin que nada sobreviva á sus pulverizados elementos.

Desgraciadamente, á pesar de dolorosos y terribles ensayos, tiende aun á predominar esa educación, que mas bien es destrucción, á pesar de los nobles esfuerzos de los hombres sensatos que proclaman la creencia en Dios como el alma de la verdadera educación, de la educación que forma los hijos respetuosos, los esposos fieles, los padres solícitos,

los obreros modestos, los ciudadanos rectos y patriotas, en una palabra, al hombre instruido y virtuoso.

Hay que esperar, sin embargo, que semejantes tendencias no triunfarán en definitiva, por mas que hoy se ofusque una gran parte de la juventud; porque reaccionarán en el momento supremo los derechos incontrastables del espíritu humano y de la conciencia naturalmente cristiana; mas aún, obligarán á la reaccion, y la historia de los sistemas de educacion materialista y atea de los presentes tiempos pasará á los venideros como un baldon para la civilización y progresos de que se jacta con justicia el siglo que va á espirar.

Y gracias á Dios la reacción ya comienza, iniciada por los grandes estadistas, que conmovidos ante la invasión espantosa del vicio y corrupción por la enseñanza sin Dios, proclaman la necesidad de la religión y de la enseñanza religiosa.

Así Julio Simon, hablando de la reforma social, dice:

«Entre otros remedios á que se necesita recurrir, porque no puede haber un remedio único, señalo uno cuya urgencia no se disputará. Es la reconstitución de las costumbres y creencias en la familia.

¡Ah! las escuelas cargadas de enseñanza técnica y privadas de enseñanza religiosa y moral; la religión, no solo descuidada, sino ultrajada: todas las libertades sacrificadas á una pretendida libertad de no creer, y las antiguas cruzadas de la fé reemplazadas por una eterna cruzada contra la fé y en este caso ¿qué pueden llegar á ser los niños y los adolescentes en una vida así organizada y así preparada?

¿Es extraño que, no teniendo ya ni freno ni regla se dejen arrastrar por el placer y el vicio?....

Reformad la literatura: reformad las escuelas, renunciad á propagar la impiedad.

Tal es el remedio que puede oponerse á la invasión creciente de la miseria moral».

II

Tócanos ahora exponer la naturaleza de la verdadera educación; y desde luego recordamos que la palabra educación expresa el trabajo empenoso por medio del cual se lleva al hombre al desarrollo y perfeccionamiento de su naturaleza física y moral, esto es, de toda la persona humana. Educar al hombre es formarlo, es casi crearlo;

porque el hombre viene á la vida tan débil, que es necesario robustecerlo, dirigir y cuidar su desarrollo progresivo, hacerlo, en una palabra, por medio de la *educación*.

Diferenciase en esto de los animales irracionales, que no tienen otra necesidad que de ser alimentados, puesto que su organismo se desarrolla por la sola energía de sus leyes en todo su ser; esta diferencia es la manifestación de la superioridad del hombre.

El hombre no es solamente un ser físico; si no fuese mas que esto, la naturaleza, al deponerlo desnudo sobre la tierra, ella sola lo conduciría á la plenitud de la vida; pero como es principalmente un ser moral, su desarrollo no es posible sino por una acción distinta de la que se ejerce exclusivamente sobre sus órganos. El hombre no llega sino lentamente y por grados al ejercicio de la inteligencia, ni puede llegar por sí mismo, como el animal llega al ejercicio de sus facultades: él necesita de la comunicación intelectual con seres de la misma naturaleza, ya formados; y esta comunicación es laboriosa y delicada: sigue al desarrollo de las fuerzas físicas, que también se verifica lentamente, como para prestarse á este gran trabajo de la

formación ó educación del hombre, obra la mas grande y augusta en la humanidad; de manera que lo que parece ser una señal de flaqueza en el hombre es una prueba de preeminencia, y cuya debilidad misma demuestra cuán elevados son su destino y grandeza.

De estos preliminares se deduce el carácter verdadero de la educación.

Educar al hombre no es perfeccionar un cuerpo organizado, es desarrollar un ser moral; y sin embargo el hombre no es un puro espíritu, es al mismo tiempo un ser material; de donde se sigue que la educación dá lugar á cuidados infinitos y de diversa naturaleza, aunque todos deben referirse al ser moral. En otros términos, la educación reposa en principios y leyes que, sin duda, se conforman á la naturaleza del hombre, pero que no podrían producir por sí mismas todos sus efectos.

El hombre tiene necesidad del hombre, y es por esta razón que no se completa y perfecciona sino en el estado de sociedad: cuanto mas perfecta es esta, mas seguro está el hombre de obtener los medios de llegar á su perfección. Así, pues, fué un monstruoso sistema separar la educación de toda acción social, esto es, de aislar al niño y formarlo como para la vida de los bosques. Rous-

seau fué el padre de semejante pedagogía y el siglo XIX dió oídas á esta quimera, que aun no ha desaparecido del todo.

Así, lo que el hombre rehusa en los tiempos modernos, por un individualismo exagerado, es parecer que obedece á un pensamiento que no sea su pensamiento, rechazando la ley de mútua solidaridad. Bajo la impresión de tan extremado y triste orgullo, se ha pretendido que la educación fuese libre de toda creencia anterior, de toda fé transmitida, de toda regla aceptada. Se desarrolla al hombre por medio de cierta instrucción técnica, dejándole la libertad de adherirse después por la razón á las leyes que él juzgue conformes á la naturaleza moral de su ser; de manera que se ve abandonado en la época más crítica de las pasiones, sin que la sociedad le preste el caudal adquirido de principios morales y religiosos para la época más difícil de la formación del hombre, la juventud.

Estaba reservado á la incredulidad moderna condenar como depresiva para la libertad del hombre la enseñanza religiosa, y poniéndose en contradicción con lo que fué dogma inconcuso de la misma antigüedad pagana, sostener que en la educación de los niños se debe prescindir de toda religión positiva, fundándose pura y

exclusivamente en la moral racional, que tiene su origen y sanción en la conciencia, y la instrucción de aquellas ciencias ó artes profanas que mejor convienen al tierno entendimiento de los alumnos.

El sofisma en que se cimenta semejante doctrina, si ya no es hijo de un ánimo ferozmente hostil al catolicismo, no puede ser de más burda contextura. Porque si á los niños no se les debe enseñar la Religión bajo el pretexto de que á nadie le es lícito imponerles una religión determinada, que después, cuando fueren libres, puede pugnar con sus inclinaciones y tendencias; por la misma razón no será lícito imponerles una moral determinada, una historia, una geografía ó una ciencia cualquiera, por si acaso, andando el tiempo, pudiese no ser de su gusto.

Si la conciencia, á juicio de esos señores, es libre en las materias religiosas, con mucha mayor razón ha de serlo en las científicas ó morales. Luego, una de dos: ó debemos condenar ese raciocinio por eminentemente absurdo, ó por el contrario, se deberá criar á nuestros jóvenes, según opinaba Rousseau, en estado salvaje, y les habrémos de proscribir de la escuela hasta la época en que, teniendo ya ellos suficiente discernimiento para guiarse á sí mismos, decidan si

les conviene esta religión ó la otra, esta ciencia ó aquella.

Hé aquí el sistema de la incredulidad moderna. Es la educacion de una sociedad que tambalea bajo el peso de la duda, que despoja al hombre de toda regla y lo entrega á todos los tormentos y á todas las enfermedades del excepticismo en moral y religión, preparando generaciones para la impiedad, la corrupcion y la anarquía.

Y no exageramos; autores y publicistas modernos, poco sospechosos de parcialidad, nos han advertido acerca de los horribles efectos del sistema laico, sin religion: oiganse sus palabras: «Qué es la instruccion sin Dios? — «Un peligro espantoso para la sociedad» dice M. Guizot. «La realizacion de una idea loca y eminentemente peligrosa», segun lord Derby. «Un sistema pernicioso», segun Gladstone. «Una violación de los derechos de la conciencia humana», al decir de Roberto Peel. «Un vehículo del excepticismo», segun Le Play. «Una potencia para el mal», segun E. Rendú. «Una utopía antisocial», segun J. Janin. «Un peligro público», segun C. Rogier. «Una amenaza de anarquía», al decir de J. Lebeau.

Y en verdad; solo la religion encierra los principios y las leyes de la educacion;

«sin religion, ha dicho M. Guizot, no hay educacion» porque carecería de base. En efecto, la educacion comienza en la familia, en donde, á despecho de los filósofos y de los políticos, encuentra una inspiracion mas poderosa y mas santa que todas las teorías: el amor. El oficio del padre y de la madre en la educacion ha sido indicado muchas veces; es por los cuidados de la familia que el niño aprende á hacerse hombre; y no se crea que basta para esto dejar á la naturaleza su libertad.

Alguien ha dicho que la naturaleza del niño no está inclinada al mal; pero es un grave error: la naturaleza humana está caída y es necesario levantarla: hé aquí todo el secreto y el principio de la educacion. Por tanto ¡cuántos combates, artificios y solicitudes para la formacion del niño! La vida de una tierna madre se agota en estas luchas de amor, y la autoridad paterna tiene necesidad de intervenir frecuentemente con energía.

La educación de un niño es la triste revelación de la decadencia de la humanidad; y hé aquí porque la familia por santa que sea su misión, es impotente para cumplir su magna obra, si la religion no interviene en su auxilio.

Existe una edad en que el niño tiene necesidad de saber que por encima de la

autoridad paterna, existe un poder mas augusto, que es la sancion de toda autoridad y de toda obediencia: entonces se le nombra á Dios. Y ¡cosa extraordinaria! esta inteligencia apenas esbozada, oye esta palabra sagrada con una emoción encantadora. El niño busca á Dios en sus obras, y lo que la razón plenamente desarrollada no puede abarcar, ese tierno espíritu lo adivina; y á partir desde ese momento, la educación encuentra un principio poderoso para dirigir una naturaleza rebelde, para combatir inclinaciones ingratas y tambien para imponer deberes difíciles é inspirar hermosas virtudes nacientes.

La religion contiene, pues, el principio enérgico y saludable de la educación: ella toma al niño en la cuna, bendice su entrada á la vida, despues lo sigue paso á paso, dirigiéndolo y animándolo en los caminos de la vida; abre su inteligencia á nociones sublimes y le revela verdades que la razón de los mas grandes filósofos no hubiera siquiera sospechado.

Pero adviértase que esta interesante y elevada acción é influencia de la religion se vá á sentir y debe mezclarse en todos los demás cuidados que rodearán al niño, sin perjudicar á ninguno, antes bien elevándolos.

Los maestros lo instruirán, y variados estudios adornarán su espíritu juvenil, así como las artes elegantes se unirán á las ciencias serias; pero todo esto no es la educación. Ni la variedad de los conocimientos, ni el poder de la razón impondrán al hombre una virtud, ni un sacrificio, ni siquiera una mera conveniencia; es necesario remontar á algo superior para encontrar la razón de los deberes y obligaciones de la vida humana. Y esto quiere decir que la religión debe estar siempre presente en el trabajo sublime por el cual se realiza esa obra á la vez divina y humana, que se llama el hombre, ser moral é imagen de Dios.

Así se explica la diferencia que existe entre instrucción y educación. Un hombre instruido puede no ser un hombre bien criado, educado; del mismo modo que un hombre bien criado puede no ser una persona docta. La perfección de la educación es la instrucción unida á la urbanidad y moralidad, la ciencia unida á la virtud; es la cultura de la inteligencia unida á la cultura y formación del carácter. ¡Cuán grande, santo y meritorio es el trabajo del hombre aplicado á la educación del hombre; pero cuán horrible es aplicado á la instrucción sin Dios!

III

Se ha preguntado si la educación es mejor dada en la familia ó en el colegio, cuando el niño pasa ya á la juventud. La duda no tendria lugar si la familia dejase la suficiente libertad para tan esmerados cuidados; pero ¿quién lo ignora? El padre debe ocuparse de los grandes asuntos y la madre se dedica á los cuidados internos y mas delicados. La educación completa es imposible en medio de tantas atenciones de la vida; es por tanto, necesario recurrir al colegio, y hasta es conveniente para las exigencias de la sociabilidad y róce de los caracteres y temperamentos.

Sin embargo, esta necesidad hace estremecer á muchos corazones, y con razón; pues ¿cuánto no deben reflexionar los padres de familia y cuánto cuidado no deben poner á fin de acertar en mandar sus hijos á establecimientos y colegios donde se dé la verdadera educación, hoy tan raros, porque solo se atiende á instruir, olvidando la parte esencial de la educación, la moral y la religión? Y sin embargo debemos reconocer que en esta parte, una gran mayoría se preocupa muy poco de la elección de colegios para sus hijos; de donde resulta que no existe

aliciente para los buenos establecimientos de educación.

Aunque este seria el lugar de exponer la verdadera teoria de la educación, no haremos mas que breves indicaciones. Todo entra en ella; las cosas sérias, necesarias y las de adorno y erudición; la piedad y las diversiones, la historia, la ciencia y las artes. Educar al hombre es formarlo intelectual y moralmente: la educación es el perfeccionamiento del hombre social. Un gran mal de la educación consiste en no encontrar su regla y su norma en la sociedad; en nuestros dias todo está sometido al capricho; las opiniones son infinitas: lo arbitrario reina en las creencias como en la moda. Ya no hay fé comun; las costumbres no tienen freno y cada dia el pudor mismo desaparece, así en el salon como en el teatro, en los libros como en las calles. ¿No debia, por tanto, resentirse cruelmente la educación de este desconcierto y descalabro en las costumbres y en las ideas?

La educación carece de nervio y de vigor, porque la sociedad carece de autoridad, no sabe hacerse respetar: la libertad individual se ha convertido en licencia: el vicio se ha hecho descarado y la pornografía se vé triunfante y hasta aplaudida.

Existe otro mal que es tambien profundo: consiste en que en una sociedad así constituida nada existe que pueda elevar y exaltar las almas; por tanto, la educación no puede inspirar los grandes deberes de la vida pública: el patriotismo, la abnegación, el espíritu de sacrificio, todo lo que hubo de heroico en las grandes épocas cristianas, todo esto se borra ante un excepticismo dorado con la nomenclatura de ciertos derechos y deberes que parecen derivar únicamente de una especie de conveniencia externa; la educación carece de interés porque la sociedad política carece de entusiasmo y mucho más de grandes ejemplos de noble civismo.

Pero quedan deberes privados que sobreviven aún en una sociedad decadente. La educación forma al hombre en sus deberes: ella lo hace esposo fiel, buen padre, hijo respetuoso y amigo sincero; de manera que los escándalos, las intemperancias, los adulterios, los desacatos no significan siempre, como podría creerse, naturalezas perversas, sino que mas bien revelan una educación viciosa y sobre todo sin religión, garantía suprema del orden moral.

Allí donde la educación ha predispuerto á los hombres á respetar, honrar y amar lo que es moral y legítimo, las vir-

tudes se producen por sí mismas y florecen; allí donde la educación ha dejado al alma indiferente para los espectáculos del vicio y del desorden, el mal se hace contagioso y sin desdoro en la reputación: se hace de moda.

La sociedad se salva ó parece según que por la educación sedá á las almas, á los espíritus, á las opiniones y á las costumbres una ley severa ó condescendiente.

Sucede lo mismo en las familias: si se busca la causa de su decadencia y de su ruina, por lo general se encuentra en la educación dada á los hijos. Se les cria en los mimos y en la molicie, que es como criarlos para la decadencia. La educación, á fuerza de refinamiento y de lujo, quita á las almas y á los caracteres su virilidad y energía: se les corrompe por las delicias y placeres, y entonces cuando llega la hora del trabajo, de la preocupación del porvenir, el hombre que ha sido criado en medio de comodidades siempre aseguradas, falto de energía ó prudencia, y ya sea por una cobardía desesperada, ya por una ciega temeridad, agota su fortuna y llega á la abyección.

La educación moderna, bajo este punto de vista, es con frecuencia desastrosa: se crían los niños con el mismo lujo y

comodidades; y con el pretexto de hacer amar los estudios rodeándoles de esplendor, se ha hecho creer á los discípulos que su vida estaba destinada á la misma cultura y elegancia y á las mismas vocaciones. ¡Cuánto descontento se ha arrojado en las almas, cuántas naturalezas se han emponsoñado y á cuántas existencias se ha engañado, dando equivocada dirección á sus legítimas aspiraciones, trocadas en ilusiones irrealizables! Los hijos de familias humildes, desdeñando á sus padres, porque eran artesanos, han buscado otro modo de ser, que los ha precipitado en el crimen.

La educación se ha hecho sensualista: descuida los espíritus y se ocupa de los sentidos, del cuerpo. Poseemos el arte higiénico de arreglar los dormitorios, las aulas, los estudios; sabemos lo que cien niños reunidos pueden absorber ó viciar de aire en un ejercicio de una hora; sabemos los procedimientos por medio de los cuales el cuerpo debe variar de posición y movimiento para fortalecerse y desarrollarse. Tenemos en estas materias datos técnicos y seguros, de manera que nada es más correcto que esta disciplina y esta higiene escolar.

Pero de la dirección de las almas, de la formación de los caracteres, del trabajo de la razón, del régimen de las ideas,

de las voluntades y afecciones, poco es el cuidado que se tiene: se deja á la naturaleza en su espontáneo desarrollo, y ¡Dios sabe á dónde va á parar una naturaleza inclinada al mal y con gérmenes de pasiones siempre indómitas en sí!

No es posible reconducir la sociedad á las leyes del orden y calmar los sufrimientos que nos han dejado las convulsiones políticas y civiles, sino por medio de una dirección mas acertada de la educación. Se hacen leyes sobre enseñanza, se multiplican las escuelas, se varían los métodos, se amplían los estudios; pero se olvida formar hombres, ciudadanos, hombres civilizados en el verdadero sentido moral y religioso. Por eso perpetuamos nuestras miserias dándoles solamente distinta apariencia ó aspecto.

IV

Al tratar de la educación, habria tres puntos importantes que dilucidar, pero bastará indicarlos.

La educación de los niños. ¿Cómo no recordar que la madre es la primera institutriz de sus hijos y es el mas santo de los oficios? Y no es solamente el niño el que obedecerá á la acción de la madre; es sobre todo el hombre. Somos ingra-

tos para con la mujer, aunque es quizás por su culpa, cuando no cumple ó descuida su divina y grande misión. Nosotros no sabemos, y quizás tampoco ella lo sabe, todo lo que Dios le ha dado de influencia é imperio sobre nuestra vida. Ella todo lo puede; hablamos de la mujer fuerte, inteligente y cristiana; ella todo lo puede en la educación del hombre, y es necesario compadecer á una sociedad que ha dejado perder una potencia moral tan dulce, insinuante y natural.

El padre viene despues de la madre; aunque á las veces debilita la obra de esta en vez de completarla; pero puede ser suplida por el maestro.

Y entonces se presenta el problema de *los establecimientos de educación*; lo diremos todo en una sola palabra: el establecimiento de educación no es posible sino es al mismo tiempo un templo de moral y religión; si nó, se formará un pueblo feroz y corrompido, al decir de Portalis. Y ¿cuántos padres de familia hay que se cuidan de ello?

¿Y *la educación de las niñas*? Con este título se publicó un libro inmortal, salido de la pluma y del corazón del gran Fenelon; libro anticuado, se dirá, si se le juzga con relación á nuestras necesidades y á nuestras vanidades; pero, libro de todos los tiempos, si se

considera con relación á las hermosas enseñanzas que contiene. La vida de la mujer debe hoy dia, como antiguamente, estar cubierta con el sagrado velo del pudor, que es el mas bello adorno de su dignidad. Por eso al esplendor de las artes debepedírseles añadan la modestiade las virtudes. Y ¿qué decir á un siglo de lujo y esplendor material? Qué en nada de eso está la grandeza y dignidad de la muger, para la cual se exige que esté ornada á la vez de talento y de piedad. Es en ella, sobre todo, que el cristianismo derrama sus dones mas puros; y asi tambien nada es mas repugnante y triste que una mujer ingrata hácia la religión que ha hecho de ella un ser libre de la antigua esclava, y la reina del hogar en la sociedad moderna. Una mujer incrédula, ha dicho un célebre autor, está algo mas abajo que una muger cínica; por lo demás, no se puede saber lo que una muger incrédula puede no ser.

En cuanto á *la educación del pueblo* habria que hacer un libro entero, aunque nada tendriase que añadir á las enseñanzas mas elementales del cristianismo. La educación del pueblo ha sido falseada desde el dia en que se ha hecho laica, sin religión. La primera escuela del pueblo es el templo que, por ser escuela de cristianismo, es la mejor cátedra de civili-

zación. Se han dado al pueblo maestros encargados de apartarlo de la religión; esto era conducirlo á la barbarie por la instrucción; ya lo decía Girardin: *crear escuelas sin religión es organizar la barbarie*, la barbarie moderna, el anarquismo y la corrupción, peor que la barbarie de los pueblos nómadas.

Enseñar á leer y escribir al pueblo no es educarlo, es con frecuencia corromperlo; para que el pueblo lea útilmente, es necesario que una ley moral le dé el discernimiento de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo. Se ha pervertido la educación del pueblo por una instrucción necesariamente incompleta, de meras nomenclaturas, pero que llenan de orgullo y vanidad por creerse sábios los que las poseen; se le ha instruido, pero arruinando las sencillas y modestas costumbres populares.

Antes la educación estaba mejor encaminada á su verdadero destino y misión; y en verdad, la educación, y esto se aplica á todas las posiciones y clases sociales, es el medio general de conducir el hombre á la perfección y por ende á la felicidad. Que le haga amar la virtud, el trabajo, la moderación; que quite de su pensamiento las quiméricas utopías, las esperanzas culpables, las codicias y ambiciones crueles; que exalte su

espíritu por lo grande, lo bueno y lo bello; que lo predisponga é incline á la benevolencia y confraternidad; que lo aparte de la envidia y del odio en la desigualdad necesaria de fortuna, talento y virtud; que lo haga capaz á la vez, de sacrificio, de valor y de modestia; esta es su santa misión; pero es también por esta razón que debe ser cristiana la educación. Sin un principio que se imponga á la voluntad, la educación es un trabajo estéril: dirige un animal, pero no forma un hombre. La educación láica, meramente civil puede ocultar y disimular defectos, dar un barniz exterior; la educación cristiana produce las virtudes, porque solo ella realiza la encarnación del Evangelio en el individuo y en la sociedad; y es sabido, al decir de Lamartine, que la civilización no es otra cosa que el verbo evangélico más ó menos encarnado en la sociedad moderna.

V

Expuesta, aunque á grandes rasgos la verdadera naturaleza de la educación, que debe ser esencialmente religiosa, queremos confirmar nuestra demostración sirviéndonos para ello de autoridades imparciales, empezando por los antiguos, que nos dan muy hermosas lecciones.

«Si vuestro zapatero, decía Platon, es mal obrero y os hace mal calzado, ó si pasa por zapatero sin serlo, eso no os ocasionará grave daño; pero si los institutores de vuestros hijos lo fueran sólo en el nombre ¿no véis que arrastrarían á ruina á vuestra familia y que de ellos solos depende la conservación de vuestro honor?» Y añadía: «El legislador no dará á la educación el último ni el segundo lugar en su pensamiento. Comiense, si quiere ocuparse dignamente de ella, por buscar el ciudadano que mejor cumpla con sus deberes; solo á éste debe confiarle la juventud».

«No tomar en cuenta la virtud, decía Plutarco, es sacrificar lo que hay mas esencial en la educación. Es preciso que el institutor reuna á un gran fondo de sabiduría y experiencia, costumbres puras y una conducta irreprochable; de otra suerte todo está perdido. La buena educación es la fuente de todas las virtudes; pero con una condición rigurosa, y es que el mismo institutor sea virtuoso; y en tal caso, á la manera que los jardineros ponen puntales al lado de los arbolillos para sostenerlos, el buen institutor rodeará, por decirlo así, á su joven discípulo con el doble apoyo de sus preceptos y de sus ejemplos para impedir que se perviertan sus costumbres».

Quintiliano quería que los padres solo confiaran la educación de sus hijos á hombres de una virtud consumada: *praeceptorem eligere sanctissimum*. Y en cuanto á colegio, decía: «Es necesario preferir la casa en que reine la disciplina mas severa y perfecta».

«Con la ayuda del cielo, decía Plinio á una dama romana, confia ese niño á un hombre que le enseñe ante todo las buenas costumbres y despues la elocuencia, la cual sin las buenas costumbres, no es mas que una ciencia mala. Es necesario elegir para él un maestro cuya virtud, pudor y severidad de costumbres sean irreprochables».

Tales deben ser, aun á juicio de los paganos, las cualidades que adornen al educador de la juventud, y no puede ser por menos. Su delicadísima misión consiste en formar, mas todavia con el ejemplo que con la palabra, esos corazones juveniles, blandos como la cera, en los cuales queda para siempre estampada la imágen de aquello que en sus primeros años vieron en los hombres que les fueron dados por monitores y modelos.

En un libro coronado por la Academia Francesa, sostenía Wilm, como fruto de sus estudios y larga experiencia, no solamente que la religion es base indis-

pensable de toda buena educación, sino tambien que *es condición esencial de la educación religiosa que el maestro esté animado de un vivo sentimiento religioso*.

«No es bastante tampoco, dice el Conde de Frayssinous, enseñar vagamente la religion á los niños; el punto capital es hacer que tomen aficion á ella, que la amen y la practiquen. ¿Y qué celo podrá tener para hacerla penetrar en el alma de los niños aquel que no tenga la suya penetrada de ella? ¿Qué interés tendrá en persuadirla á los demás el que interiormente no vé en ella sino fábulas y para quien los misterios cristianos son lo mismo que la mitología de los griegos ó de la India».

«En todos los establecimientos de educación que mantiene el Estado en Francia, decía M. Marty, los niños que en ellos se educan no pueden vivir como católicos sino á condicion de vivir de una manera diferente de sus superiores. Los padres y las madres que saben lo que pasa en el liceo, y deberian saberlo todos, se ven obligados á decir á su hijo al introducirlo en su recinto: No te dejes arrastrar por los ejemplos que van á presentarse á tu vista, y no abandones la práctica de la religion!..... No imites á tus superio-

res!..... ¡Singular recomendación á un hijo, la de no imitar á las personas á quienes se le deja confiado, sobre las cuales se descargan todos los deberes paternales y á quienes se traspasa la gran misión de educarlo!»

Vease, pues, el cuidado que debe ponerse por los padres de familia en la elección de colegios y de maestros.

«La instrucción, decía Cousin ante la Academia de Ciencias Morales, no es sino un poder más añadido á tantos otros...; y el aumento de instrucción no trae en manera alguna un aumento de moralidad. Por consiguiente, es necesario convertir la instrucción en educación. *No es la instrucción la que moraliza; es la educación, cosa muy diferente, y sobre todo la educación religiosa.*»

Sobre el mismo punto llamaba Portalis la atención, diciendo «No hay instrucción sin educación y no hay educación sin moral y religión.»

Los directores de los diversos establecimientos penales de Francia en un informe pedido por el Gobierno de aquel país resumían sus juicios del siguiente modo:

«En general, los individuos que han recibido los primeros principios de la instrucción elemental antes de ser con-

denados, son de todos los prisioneros los menos susceptibles de una verdadera enmienda, y los que han llevado su primera educación hasta cierto grado de elevación son, con pocas excepciones, del todo incorregibles. Hay algunos cuya instrucción es completa, aun puede decirse esmerada.... esos se hacen profesores de una ciencia, la del crimen. Resulta de nuestras estadísticas que *la criminalidad aumenta en razón directa de la instrucción*. La instrucción en los individuos ya contaminados por el vicio, es una arma más que se les da contra la sociedad.»

En términos muy semejantes se expresa Lauvergne, médico en jefe de los presidiarios de Tolon.

«Por lo demas, decía M. Moreau Christophe, inspector general de prisiones, la estadística de los reincidentes demuestra ahora, á no poder ya dudarlo, que mientras mas perversidad supone el crimen cometido, supone tambien mayor instrucción en el culpable. ¿Debe inferirse de eso que la ignorancia debilita las inclinaciones criminales del hombre, al paso que la instrucción las fortifica y desarrolla? ¡No permita Dios que yo profiera nunca semejante blasfemia! El mal que proviene de la inteligencia,

viene únicamente del modo de cultura, nó de la cultura misma.

El sistema actual de cultura vicia y neutraliza la semilla en su germen y no hace producir al suelo sino frutos inútiles y peligrosos. Todo, en efecto, en la enseñanza de nuestras escuelas es sacrificado á las satisfacciones del cuerpo y del entendimiento; nada ó casi nada se ha reservado para el desarrollo de las facultades del alma, de las cualidades del carácter y el corazón... *Sin la educación*, la instrucción no es mas que un instrumento de ruina.»

M. de la Farelle, miembro correspondiente del Instituto de Francia y cuya autoridad no puede tildarse de sospechosa, propone esta cuestión: «El sentimiento religioso puro y abstracto, ó acompañado solamente de la *enseñanza* moral que de él emana ¿puede ser suficiente?» Y contesta:

«No puedo pensarlo. Sin querer en manera alguna transformar esta cuestión, que es aquí puramente social, en una cuestión de controversia y de fé, miro como demostrado en teoría, y más aun por la experiencia, que los sentimientos religiosos y morales tienen necesidad de revestirse á los ojos de los hombres, y con mayor razón á los ojos de los niños, de una forma correcta y

precisa; que necesitan apoyarse sobre un sistema de dogmas, de ligarse á un cuerpo de doctrinas, de materializarse en un culto visible; que necesitan, en una palabra, condensarse en una religión positiva.»

Creemos tambien muy del caso reproducir el siguiente dictámen que diera el Consejo de Instrucción del Departamento de Nantes de la nación francesa, dice así:

«Considerando que la experiencia atestigua cada dia más lo insuficiente que es la enseñanza de la moral en las escuelas primarias, si no se toman como base esencial los deberes para con Dios y la obediencia que á su ley es debida:

Considerando que esta insuficiencia resulta claramente demostrada de las relaciones y documentos oficiales por los que ha querido guiarse la misma Administración:

Considerando, además que la estadística general de la justicia criminal demuestra una progresión lamentable en los crímenes y delitos cometidos por los niños y los jóvenes, de los cuales han comparecido cerca de 29.000 ante los tribunales en el solo trascurso de un año.

Considerando que los suicidios de niños y adolescentes, cosa casi desco-

nocida hasta hoy entre nosotros, se ha multiplicado desde hace algunos años hasta tal punto que alcanzaron la aterradora cifra de 443 en el mismo año:

Considerando que hay gran fundamento para ver una estrecha relación entre esta dolorosa estadística y el desarrollo del nuevo sistema de educación primaria, ya que la instrucción moral que se da al niño queda evidentemente desprovista de toda autoridad y de toda sanción, si no se apoya por completo sobre los grandes principios del orden religioso y especialmente sobre el conocimiento de Dios, como norma de toda justicia y soberano Señor de los hombres; sobre la plena obediencia que á su ley se debe, y sobre la necesidad de una vida futura en donde cada hombre alcance el destino inmortal que él mismo se haya labrado aquí abajo con sus obras:

Considerando que semejante situación es síntoma de un peligro social y nacional de la mayor gravedad, peligro que es urgente conjurarle:

El Consejo es DE PARECER que en las escuelas primarias del distrito no se separe nunca la moral de la Religión, y bue se considere la enseñanza de los deberes para con Dios como la base fundamental y necesaria de todos los

deberes que afectan al hombre, y que para conseguir este resultado reciban las leyes públicas todas aquellas modificaciones que fueren necesarias».

El testimonio que acabamos de copiar es demasiado elocuente para que necesite comentario alguno.

VI

Queremos terminar esta demostración contundente de autoridades irrefutables, por pertenecer al campo enemigo, con la cita de un artículo muy significativo del diario liberal *Le Soleil* de Paris, titulado «Semilla de criminales», que hace muy sensatas consideraciones sobre los resultados desastrosos de la enseñanza sin religión, basándose en hechos innegables. Oiganse sus notables reflexiones:

«La perversión de la juventud es uno de los hechos más dolorosos y afligentes de nuestra época. Los mas horribles crímenes son cometidos por jóvenes, casi por niños.

¿A qué debe atribuirse la extensión de la criminalidad en las filas de la juventud?

A la falta de educación religiosa, declaran sin vacilación alguna, hombres de ciencia, antropólogos y criminalistas

distinguidos. Interrogado M. Manouvrier, sucesor de M. Broca en su cátedra de antropología, responde:

«El hombre será lo que le hagan sus primeros años. A los doce, ya está formado y seguirá la dirección que se le haya impreso. Esto debe tenerse presente en nuestras escuelas, en las que se da un lugar enteramente secundario á la moral».

M. Guillot, que mas que nadie ha tenido oportunidad de estudiar esta materia, se pronuncia en igual sentido que M. Manouvrier, pero con mas nitidez:

«En mi larga carrera de juez de instrucción, yo creía haber visto hasta el fondo la corrupción humana. Pero ese fondo recién lo he conocido verdaderamente desde que me he encargado de la instrucción de los niños.

Piénsese todo lo que se quiera, bajo el punto de vista metafísico, acerca de la religión; lo que es cierto, es que, para el niño sobre todo, ella es un elemento civilizador, y el mas poderoso de todos. El niño que se cree mirado por Dios, seguido por Dios, castigado por Dios, se conducirá de un modo completamente distinto de el que solo se esfuerza por sustraerse á un ojo humano, que no le vé en todas partes, que no le sigue por doquiera.»

Hoy la religión vése desterrada, no solamente de las escuelas oficiales, *á la laica*, sino también de muchas familias en las que á los hijos ya no se les enseña el catecismo, ni se procura que hagan la primera comunión. Y ¿qué sucede entonces? M. Guillot os lo va á decir:

«Con el ideal religioso que se va, viene generalmente el abandono de todo ideal. La patria, la familia, el deber, son palabras que hacen sonreír tanto como la palabra religión. Ya no queda más que la lucha por la vida, las necesidades apremiantes, los instintos impulsivos.

¿Y no están destinados á ir al suicidio, á la cárcel, y quizá al cadalso, esos niños educados en el desprecio de toda idea religiosa, cuyos instintos no reprime ya el temor de Dios, y que á la edad en que antes se jugaba á los soldados ó á las muñecas, juegan «á ver quien es mas hábil en cometer actos inmorales, que ni nombrarse pueden entre cristianos?»

Los que han borrado á Dios, segun la frase de un célebre comunista, cuentan para combatir al ejército del crimen, con la policía y la magistratura.

«No precisamos de Dios, exclaman, tenemos gendarmes.»

Creo que una sociedad que solo contase con el gendarme para su defensa, sería una sociedad muy débil y enferma.

El criminal siempre espera que podrá escapar de manos del gendarme. Y por otra parte, un criminal friamente resuelto no teme ni la cárcel ni aún el cadalso.

La carencia de todo credo religioso, la educación sin Dios, conducen al crimen innoble y vil, como arrastran hacia el crimen atroz y monstruoso.»

Leroy Beaulieu escribía:

«No debemos disimularlo, es un hecho averiguado, una verdad que se impone; una vez que ha desaparecido el sentimiento religioso, la única barrera que queda contra el desencadenamiento de los apetitos es la fuerza.»

Y el filósofo italiano Nitti, adoptando y desarrollando el juicio de M. Leroy Beaulieu, dice en su hermoso libro sobre el socialismo:

«La ausencia de fé religiosa, la certidumbre de que las acciones humanas no tendrán castigo ni premio en otra vida, han producido un decaimiento profundo, y por consiguiente, una necesidad profunda de derribar violentamente las instituciones consideradas por ellos como causa de la miseria actual. El socialismo anárquico es ciertamente un derivado indirecto de las tendencias anti-religiosas.»

Este ilustre pensador, ve en la enseñanza de Jesucristo el único dique que

puede oponerse al socialismo revolucionario y al anarquismo.

En el fondo, es la misma opinion de M. Faurés, que desde la tribuna de la cámara francesa, dirigiéndose á los francmasones y á los libre-pensadores de la mayoría republicana, exclamaba:

«Vosotros sois los responsables de los crímenes cometidos (por el anarquismo) porque habeis patrocinado la educación sin Dios, que engendra monstruos de orgullo y atrocidad y brutos ebrios de lujuria y de sangre. Imbuidos en las doctrinas de la ciencia moderna, han menospreciado la hipótesis—Dios.»

Proclamémoslo bien alto, en nuestra sociedad que ha proscripto la enseñanza religiosa, no puede haber moralidad, ni verdadera libertad. Esa sociedad en que el ejército del crimen se recluta entre jóvenes, haciéndose cada vez mas numeroso y amenazador, está llamada á perecer en brazos de la anarquía, sino se inclina bajo la mano de un tirano, de un Tiberio ó de un Marat».

Y refiriéndose á los crímenes anarquistas que hicieron estremecer la sociedad, añade: «En el fondo ¿no es la ausencia de toda idea religiosa lo que ha conducido al crimen á esos criminales? En cuanto ha desaparecido el sentimiento religioso los apetitos brutales

se han desencadenado.... Haced venir ahora á vuestros jueces y gendarmes, vosotros los que habeis desterrado á Dios de la enseñanza.... Los criminales se mofarán de vosotros sobre el mismo cadalso».

Podríamos acumular otras autoridades sobre el asunto; pero no son necesarias, y terminaremos con esta reflexion:

¡Pobre sociedad, que se ve amenazada y perturbada por la institución magna que debia constituir su esperanza suprema de regeneración, de perfeccionamiento y civilización: la educación! Y ¿por qué? porque quiere prescindir de Dios, de la religión; y sin Dios nada es posible; la misma educación se convierte en elemento eficaz de decadencia y ruina.

Padres de familia, cuidad muy seriamente acerca de la educación que procurais para vuestros hijos: de ello dependerá la felicidad y el porvenir de la juventud y por ende de la sociedad. No olvideis la enérgica sentencia del filósofo Cousin: «Debieran ser arrastrados ante los tribunales los padres de familia que llevan sus hijos á las escuelas donde no se enseña religión.»

Roguemos, pues, amados católicos, á fin de que sea encaminada á su verdadera misión la educación pública y privada en nuestra amada patria, para

que el Señor le conceda un brillante porvenir, que no se conseguirá sin poner á Dios como fundamento del edificio social y de la educación: *Nisi Dominus aedificaverit domum in vanum laboraverunt qui aedificant eam*».

Dada en Montevideo, el 1.º de Enero de 1896.

† MARIANO

Obispo de Montevideo.

Secretaría de la Diócesis.

La presente *Instrucción pastoral* será leída ó explicada á los fieles en la ocasión que juzguen mas oportuna los señores Curas y Encargados de las Iglesias.

Por mandato del Ilmo. Sr. Obispo Diocesano.

Eusebio de León.

Secretario.
